A556tr

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

TRES POETAS DE LA MUSICA

ANFORAS

(De Max. Henríquez Ureña)

(Edición especial de los Núms. 8 y 9 de la **Revista de la Sociedad *Estudios Jurídicos*** de Mayo y Junio de 1920.)

391959
29.4.41

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

1921

A su querida hermana,

Rosa Andrade Coello de Couzakis,

que ha vivido muchas de estas páginas, las dedica, muy cariñosamente, como recuerdo de sus estudios musicales en Quito, Nashville (Tenn) y Nueva York,

Su hermano:

A. A. C.

39 X 482

TRES POETAS DE LA MUSICA

I

En dulcísona velada de estío, complácese mi hermana en interpretar, al piano, fragmentos de Chopin, Grieg y Schumann. El alma se siente como saturada de la infinita melancolía que solloza aquella música escrita por delicados corazones que amaron mucho y que sufrieron más todavía, víctimas de la tremenda punzada por la patria: después de servirla con su genio, la lloraron lágrimas de arte.

—No sé por qué algunos murmuren que la música de Chopin es superficial, observa mi hermana. Quien conoció a fondo los secretos

del ritmo, el efecto de los pedales y salió de la rutina en su digitación, no puede ser superficial.

Los circunstantes le insinúan que continúe la ejecución de otras piezas del mismo autor. Toca algunas *Polonesas* y los *Nocturnos* señalados con los N°s. 1, 5, 7, 13, 15, y el "póstumo." Las inexplicables emociones que recibimos, y el silencio que reina después de cada intervalo, nos van sobrecogiendo hasta abrumarnos de tristeza. Pensamos en otros países, en afectos distantes, en murmullos pasionales, en sollozos comprimidos, en la ensombrecida oscuridad del cielo, en rosas y lirios ajados, en romanzas que de pronto se interrumpen con los suspiros.

Flota en el recinto algo del espíritu del ilustre varsoviano, mago del rubato, "creador de la música nacional". Se diría que los ánimos devotos oran por la eternal quietud de Chopin, atormentado incesantemente por queridas añoranzas.

Sobre la mesa, nos invita un libro de páginas plegadas todavía. Despide el perfume de lo nuevo. Se nos antoja que la tinta está fresca aún y que tiñe nuestros dedos. Es de Max. Henríquez Ureña, bardo de emotividad pujante. Titúlase: *Tres poetas de la música.* Ha sido publicado en la Habana. Son claras y sintéticas conferencias pronunciadas en esta ciudad, en Santiago de Cuba y en México.

Le abro al acaso, como si abriese un alma blanca. Leo este pasaje, impregnado de ternura *chopanesca*: "Le acompañaba también la horrible obsesión de no tener patria. Su corazón era como una fragua reverberante de patriotismo. Vivía por Polonia y para Polonia. Por sus coterráneos hizo toda clase de sacrificios. Todo lo que llegaba del suelo natal era acogido por él con delirante afecto."

Junto con las sentidas palabras del poeta de *Anforas*, fluye por la sala, con temas del característico *yo interpretativo*, la melodía de Chopin, de maravilloso pedaleo y audaz gimnasia de los dedos.

—Esto nada tiene de frívolo, sino de muy hondo, musita mi hermana, acentuando su idea dominante. Díganlo si no sus numeroso biógrafos y críticos entre ellos, junto con F. Iribarne, uno de los más modernos que ha condensado la materia con ufana nitidez y magnífica devoción: Max. Henríquez Ureña.

Acatamos el juicio, por la profunda emoción que lo comprueba, tanto la despertada por el clamoreo del piano, como la que se desprende, al refrescar la biografía de Chopin, del esencial libro.

Sobre el atril, están las obras del atormentado músico.

—Aquí palpita, agrega, lo lírico, lo heroico, lo dramático, lo sentimental, lo deslumbrante, lo grandioso, lo sencillo. Por esto,

suelen llamarle el poeta del piano o el de la música, como en estas tersas y jugosas conferencias le denomina Henríquez Ureña. Vierte a veces tal sencillez en la armonía, que los modernistas podrían calificarla de trivial; pero se comprende que, según la obra y según el caso, el admirable pianista ha empleado el elemento armónico disonante o el consonante, el tonal o el cromático, al contrario de ciertos exagerados modernistas que, sin tomar en cuenta las dimensiones y el carácter de la pieza, alardean de disonancias y cromatismos, al extremo de que vuelven ininteligible el sentido melódico que se propusieron desarrollar.

—Es evidente que la melodía de Chopin se caracteriza por el canto inconfundible de todas las voces, dice el Profesor del Conservatorio, de Quito, Francisco Salgado.

Al concluir de recorrer en el teclado sus mejores trozos, vamos reviviendo también las dolorosas escenas de su vida... Nos sirve de *cicerone* el autor de *Tres poetas de la música.* Allí sus horas de lucha, de dolor y de morbo físico y moral, ennegrecidas por la triste remembranza de una patria deshecha como Cartago. En sus nostalgias y saudades gimieron *Polonesas* y *Mazurkas.* "El mismo Chopin cuenta que cuando, en un salón aislado del Castillo de Nohant, se sentó al piano a ejecutar su *Polonesa heroica* (Op. 53) le pareció que la cámara solitaria era invadida por los

guerreros que evocaba en su canto épico, y, asaltado de terror infantil, se retiró de allí."

Se habla después de la generalización de su música y de la influencia que ha ejercido en el arte moderno.

—"La influencia de Chopin, lee mi hermana, tiene tres aspectos, pues su obra se ha reflejado directamente en tres manifestaciones distintas del arte que cultivó: en primer lugar, en la técnica instrumental; en segundo lugar, en la técnica de la composición; en tercer lugar, en las tendencias del espíritu musical. La influencia que Chopin ha tenido en la técnica instrumental se refiere, como es fácil suponer, al piano, que es el instrumento que él llegó a dominar como pocos han sabido dominarlo. No es arriesgado afirmar que Chopin es quien nos ha dado a conocer los más preciados resortes del piano, mal utilizados antes de su época."

Cuentan que Chopin jamás se sentó al piano sin evocar primero al gran Sebastián Bach, que guió al divino Beethoven. Esto da una idea de la claridad de su composición, que abrió el camino al fecundo y revolucionario Wagner, le hizo entrever el leitmotivo y sacó vida y colorido de la rapidez de las modulaciones, según anota Henríquez Ureña. Como sintió la música que componía, no hay en él afectaciones, ni deslumbramientos altisonantes ni aparatos ruidosos, ni títulos llamativos. No

es rimbombante en el nombre de las piezas ni en las estrepitosas terminaciones. Alejó del rutinario sendero a los valses y mazurkas, creó las *Baladas*, se inspiró en los dolores personales y de la patria para sus creaciones, que las denominó genéricamente, sin especializarlas con extraños bautismos, óleo a las veces pedantesco.

Wagner, que consideró a la música como su ángel bueno, decía que no era posible con cebir el divino arte sin el amor, porque la música personificaba a una mujer. Tal el espíritu de la de Chopin. Amó con elevación, de ahí que su música, de la que se desprenden nobles sentimientos, es como si prestigiara una delicada alma femenina, heroica en ocasiones, cuando transparenta las energías del patriota de arranques genuinamente nacionales.

Por el espacio viajan los acordes de la *Gran Polonesa*, como un resumen de sus recónditas tristezas por el hogar común y por el de su corazón, vacíos ambos.

Con justicia, el divino Shelley prorrumpe en este sentido apóstrofe: "¡Música!, llave de plata que abres las fuentes de las lágrimas, donde el espíritu bebe hasta que la mente se extravía; suavísima tumba de mil temores y alarmas, donde su madre la Inquietud, semejante a un niño que duerme, reposa adormida entre flores"....

¡Oh, música eternal! ¡Oh, cosmogónica armonía de las almas! ¡Oh, música!....

II

Otro bardo de la música y vehemente patriota es Grieg. Nacido en un poético país poblado de *skaldas* y de sagas, que por tradición ama la libertad con entusiasmo revolucionario, es el directo y dilecto representante de la música nacional, con todas sus heroicas aspiraciones, con todos sus ideales de emancipación. Este independiente artista ennobleció los bravos y rudos cantares de su pueblo escandinavo, suavizó sus rígidas *runas*.

Desde el comienzo de su historia, Noruega ha producido espíritus rebeldes que han derramado en el arte un torrente cívico de inspiración. Díganlo si no los indomables patriotas que fueron al exilio voluntario por no someterse al dominio del rey Haraldo Haarfager.

En su rica literatura, que está iluminando a la fatigada Europa, y reconfortándola, se unen, a las ideas altivas, fuertes y nacionales del capital dramaturgo Ibsen, las del vate y socialista Bjornson, ameno narrador al mismo tiempo de las escenas bucólicas noruegas. Sus múltiples poetas, entre ellos Sagen, Storm, Munch, Andrés Olsen, Con-

rado Schwach, surgen por su ardiente soplo de hegemonía patria. El satírico Cristóbal Randers alza, como bandera de combate, la famosa y vieja sentencia: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Wergeland y Welhaven, enarbolaron el estandarte separatista, en franca protesta contra el arcaico predominio danés. Sus mejores armas fueron la poesía y la tradición. Probando están el *Sinclair* trágico, del primero, y el legendario *San Olaf*, del segundo. En los cuentos de Asbjornsen y Moe, empapados en la vida del campo vive el pueblo noruego con plasmante naturalidad y adorable sencillez.

Con razón el dramaturgo Enrique Bjerregaard, que copió muchos tipos nacionales en su *Aventura de los montes*, para la que el compositor Waldemar Thrane escribió deleitable música, repetía en su *Canto nacional de Noruega:* "El recuerdo glorioso de nuestros antepasados se despierta cada vez que pronunciamos el nombre de nuestro hogar."

Aquel férreo doctor Stockman creado por Ibsen, se diría que está personificando a Noruega: en medio de la grita fenomenal y entre las provocaciones de la multitud, de ésa que sólo acaricia el logro personalísimo, aislado, alejado de todos, independiente y batallador, obedece a su conciencia y sienta esta máxima: "El hombre más fuerte es el que se queda solo."

El himno nacional noruego, de Bjornson, que Nordreak armonizó, empieza con férvido amor al "país surcado y mordido por el viento" y a sus múltiples hogares: recuerda a nuestro padre y nuestra madre en la noche de la Saga, "que hace descender los ensueños sobre la tierra."

Así, patriótica como esta lozana literatura, es la música de Grieg, que revela el sello de la raza y el genio de su suelo nativo.

"Es el alma nacional—dice con cálido verbo, rebosante de poesía, Henríquez Ureña —la que también prorrumpe en nostálgicas explosiones de viril melancolía al verse transportada al pentagrama por Grieg. Nunca había vibrado con tan enérgica espontaneidad. Nunca había tenido acentos tan fielmente suyos, tan puros y originales. Nunca se había revelado de manera tan precisa y vehemente.

"Grieg es Noruega. Grieg es el *fiord*, lleno de augusta calma, aunque irritado a veces por el soplo de la tempestad. Grieg es la montaña enhiesta, cubierta de nieves en su cima y alfombrada de flores en su falda. Grieg es el paisaje helado de las sierras del Norte, llenas de silencios intermitentes que se quiebran con el fragor de los aludes. Grieg es, en fin, un pueblo, una nación, una raza que, bajo la influencia singular de un clima maravilloso, se desenvuelven en el lenguaje de la

armonía con el arrastre de sus ímpetus étnicos, con el prestigio de su tradición y de su historia."

Nacionalizar el arte es áurea llave para la inmortalidad. Lo que en España ha hecho el erudito Felipe Pedrell con su ópera *Los Pirineos*, tan regiamente analizada por Rafael Mitjana, efectúa en el Ecuador Sixto M. Durán con su *Cumandá*, que revive los dolores de una raza, los esplendores de la civilización incásica y los cantares del pueblo ecuatoriano.

A Pedrell le vino el estímulo de afuera, después de burlas y contratiempos que aplazaron por diez años el extreno de su típica música que encierra el alma española desde sus tiempos legendarios. ¿Sucederá otro tanto con el Dr. Durán?

En la mayoría de los casos, el propio país suele ser adverso al genio. Cosecha de desencantos y burlas, en vez de laureles, año tras año, enriquece el granero de los sufrimientos. Pero el triunfo le viene de muy lejos: los extranjeros le forman aureola de inmortalidad. Fue necesario que los Moskowsky, los Cui, los Van der Straeten, los Tebaldini, los Bossi, los Herwey, los Béllaigne, los Lalo, los Soubrés, los de Curzon elogiaran ruidosamente a Pedrell para que callasen los Peña y Goñi que nunca faltan en tierra de cristianos para oponerse al éxito de los autores nacionales. Rara vez dejan subir el nivel los contem-

poráneos de casa adentro. Ojo al que se empina, para echarlo pronto a tierra, es la empresa de los envidiosos, en la estrechez del solar vernáculo.

Es preciso recordar aquí lo que siglos atrás consignó Antonio Eximeno, llamado por los valencianos el *Newton de la música:* "Sobre la base del canto popular debe construír cada pueblo su sistema artístico."

No de otro modo procedió Grieg, al que admiraba Liszt. Inspirado en el sentimiento de su pueblo, supo interpretar, con profundo análisis, lo que musicalmente constituía su esencia, poniendo él su originalidad y su genio. No coleccionó cantos: penetró en el alma noruega para estudiar su constitución y vaciarla, con estro y novedad, en el pentagrama.

"Si el arte vence cuando conmueve, cuando es la verdadera y sintética expresión de nuestro sentimiento, ¿por qué tornar la más ideal de las bellas artes, que debe ser objetiva, en exclusivamente abstracta y subjetiva?", pregunta C. Martínez Rücker, al discurrir acerca de *La herencia de Wagner.* "El estudio no debe destruir la sensibilidad. Los esfuerzos intelectuales por obtener determinados efectos y las trascendentales lucubraciones de compositores exaltados, tan sólo seducen a los fanáticos modernistas; mas no merecen el favor

general, porque no responden al sublime concepto del arte."

Por esto, motejando Pedrell la música de programa, resume su credo así: "Quizá se caerá un día en la cuenta de que el campo de acción de la música es el alma, sólo el alma."

Nada de música de programa en los poetas del divino arte, que explotaron la mina de sus sentimientos: Chopin, Grieg y Schumann.

—Predominan en las obras del célebre compositor escandinavo los elementos armónico, disonante y cromático. Su melodía está fijando casi siempre el carácter del país que le vió nacer: revela su originalidad, su poesía y la delicadeza de estilo, propias de la música popular comprendida por el genio. En sus coros y composiciones para órgano, más que en las destinadas al piano, se admira al gran contrapuntista, digno discípulo de Moschéles, Hauptmann, Richter, Wenzel y otros no menos respetables maestros, y, sobre todo, de Ricardo Nordraak. Las *Piezas líricas* están aromadas de la pura esencia del sentimentalismo, de la espontaneidad simpática y de la inmarcesible musa, amplifica mi hermana.

Como en vergel trasplantado de Noruega, resaltan las ternísimas flores musicales de Grieg, de exótica fragancia, y queda discurriendo por el espacio la suave voz que entona las excelencias de la *Primavera*.

En seguida, se queja su hermosa *Balada*, escrita "con sangre de su corazón, en días de desesperanza y de tristeza", según declaró Grieg, y cita el hondo crítico musical Henríquez Ureña.

III

Chopin, músico nacional, nostálgico de la patria; Grieg, fomentador de la música nacional, también gran patriota; Schumann, más filósofo que ambos, ama a su Alemania romántica y se empapa en su literatura caballeresca y en la evolución de su pensamiento, con Kant, Hegel, Fichte. No se sospechaba aún la aparición del genial loco Nietzsche—el predicador del superhombre—que llevaría a su nación por los campos de la fuerza y del exterminio....

Ejecuta mi hermana algunos fragmentos de Schumann.

—En la más diminuta de sus composiciones—cual en el *Album dedicado a la juventud*—se encuentra elevación de ideas y soplo nuevo en la armonización. El claror y franqueza melódicos, la originalidad, el ahondamiento bello en la expresión de su pensar, son cualidades que resaltan en la música de Schumann. Abarca su obra todos los géneros. Las destinadas al piano, se caracterizan por la concentración de las ideas musicales, en

medio de diversos y delicados matices: cada página es un cuadro de pasión; cada acorde, un pensamiento; cada nota, un alba roja de promisiones, dice, con calor, un *dilettante* que platica en la velada.

—El simpático escritor Max. Henríquez Ureña se pregunta si cabe expresar ideas en música, plantea otra aficionada: la poetisa Cevallos.

—Fíjense que el crítico dominicano contesta afirmativamente,—responde mi hermana—aun cuando se haya creído que el arte divino sólo despierta emociones.

—Es evidente que estas se compenetran con los pensamientos. Quien piensa, siente. La emoción armoniza con la inteligencia y se vierte en ideas abstractas. Es un vaporoso lenguaje, saturado de dulces idealidades, que el misterio psíquico no acierta del todo a volverlas tangibles, expone un artista–filósofo, de la estival velada.

—"Al través de la música de Schumann, lee mi hermana, se encuentra, sin embargo, una cadena tan firme y constante de ideas, que con ellas, no obstante el valor abstracto que éstas pueden tener, se reconstruye todo un credo filosófico. En la obra de Schumann se siente latir la preocupación de lo trascendental. De ella se desprende, aguda, persistente, dominadora, una interrogación formulada a la faz de las eternidades."

—¡Magnífico!, exclama el *dilettante*. Entre los numerosos biógrafos de Schumann, como Recio Agüero, por ejemplo, no encuentro una manifestación tan convincente como la de Henríquez Ureña.

El romántico de Zwickan, en Sajonia, fue quizá el más infortunado. A punto estoy de afirmarlo rotundamente. Chopin, Grieg, amaron y sufrieron; pero Schumann, el más apasionado de todos, fue mordido, a fieras dentelladas, por la contrariedad, hasta que se hundió el sol de su genio en un manicomio. Escritor y crítico, batalló por la estética. Amó la literatura y se exaltó con los idilios, las flores, los frutos, las espinas y los humorismos de Juan Pablo Richter. Embellecieron su alma las figuras de Nanny y Liddy, como Aurora Dupin la de Chopin, y Nina Hagerup la de Grieg. Pero nadie le amó tanto como Clara Wieck. Como a su vocación se opuso el comerciante Rudel, a su amor, con tenaz terquedad, el padre de tan angelical criatura. ¡Imagináos las tormentas pasionales, los recónditos dolores, los heroísmos sin nombre de esta pareja de artistas combatida por el destino! Idolatra la música, y se le enseña el camino de la abogacía; sus manos son un tesoro para el piano, y se le malogra un dedo; su cerebro es fuente inagotable de rayos de luz, y se obscurece de súbito; su corazón es un raudal de ternezas para Clara, y se empeñan

en secar la vertiente del afecto. ¿No es racional desenlace la locura, si se sufre tanto? La caldera de vapor estalla si se aumenta la tensión. ¿No fracasará la máquina cerebral con la presión del dolor? Triviales, sencillos símiles desde marras, que constituyen, con todo, la vieja y flamante tragedia del mundo.

Atraviesa por la historia--va con halo de martirio y palmas de triunfo—una doliente sombra que en el arte se lleva simpatías y admiraciones: Clara Wieck. Por ella, vive Schumann; sí, por ella vive Schumann. Roberto y Clara forman un sólo acorde, palpitan en una misma vibración, intensifican un ritmo único.

Conmovedoras cláusulas de Henríquez Ureña pintan la sublimidad del sacrificio y la grandeza de ese pecho femenino. "Clara, dice, consagró al recuerdo de su esposo todo el resto de su vida. Tronchado el idilio, destrozado su corazón, rotas sus ilusiones, muerta su esperanza, aniquilada para siempre su felicidad, el deber, sin embargo, le hizo levantar la frente abatida por la desgracia. Allí, junto a ella, sollozaban también los siete hijos de aquella unión un tiempo dichosa que de súbito había sido herida por el más tremendo de los infortunios. Ella continuó unida a Roberto, más allá de la tumba, en la obra de formar esos seres para entregarlos al porvenir. Volvió a aparecer en las grandes

salas de concierto de Europa. Los programas de sus *recitales* de piano estaban dedicados solamente a obras de Schumann, que nadie podía interpretar como ella."

¡Oh, augusta heroína, modelo de santas del hogar!

La velada de estío termina. La dulce poetisa María Ester Cevallos recita, como un manantial de argentinas notas, versos de unción y subjetivismo, remembranzas de la Calera, rosas y lirios villaespeseños.

Quedan vibrando en la sala, como ayes diluídos en la penumbra, los acordes de esencial melancolía de los tres poetas de la música que sufrieron y padecieron mucho, porque amaron y combatieron, al són de sus áureas liras, que la posteridad no las ha olvidado en un rincón cual el arpa que cantó el inolvidable Bécquer, "silenciosa y cubierta de polvo."

Y junto con las sentidas armonías del piano, titilan las emocionales líneas del efusivo autor de la trinidad de conferencias que revelan, con poética y honda convicción, cuanto estudió y supo comprender a tan egregios corazones el bardo de *Anforas*, que rezó así su elegía por Chopin, alma gemela de Schumann y Grieg:

"Y surgió imperatoria la tristeza,
coronó de laureles su cabeza

y su mente de ensueños palpitantes,
y la cruel amargura de su vida
se esparció por el mundo, convertida
en un raudal de notas sollozantes."

ANFORAS

El protagonista Félix, en la obra de Gabriel Miró *Las cerezas del cementerio*, llega a creer, en la augusta hora de las añoranzas, que su alma es como sutil y delgada ánfora que rebosa de melancolía y que, al abrirla una mano invisible, derrama el encerrado vino, ese licor generoso que le dió la cepa madre, la ilusión, para mezclar su ranciedad, fuerte y dulícsima, con los nervios del soñador.

Tal, en análogo estado de conciencia, me sucede al leer *Anforas*, de Max. Henríquez Ureña, y más aún cuando arribo a aquel paraje, recuerdo de mejores días, que se llama *Nostálgica*. ¡Quién nos diera volver a vivir nuestra vida, rectificándola!

"Llego hasta tí, sediento y fatigado.
La escala del placer he recorrido,

y el dolor de vivir he comprendido
en la embriaguez sublime del pecado."

En la pausa de este punto, me detiene el viejo amigo a quien leo este soneto, y, ahogando un suspiro, me dice con marcada tristeza:

—Este cuarteto encierra un mundo de filosofía. Tempranamente envejecido, peinando ya canas, me ves que he vivido el doble que tú, porque aquella embriaguez sublime de la culpa, de que habla el poeta, me ha abierto muchos horizontes, me ha llevado lejos y, triturando mis años juveniles, me ha impelido a comprender la amargura del ambular terreno.

—¿Más son los días que has gozado?, pregunto al incorregible calavera de espíritu inquieto.

—Infinitamente más los que he sufrido, me responde. Cada nueva emoción, cada nuevo placer, han abierto la puerta a intensos dolores. Continúa leyendo, me ruega. Y yo concluyo así:

"*¿Cómo podré calmar mi horrible hastío?*
¡Envuélveme en tu suave cabellera,
y déjame soñar! . . . . Ah! bien quisiera
hallar en tí la dulce paz que ansío!

Max. Henríquez Ureña es soñador. La eterna quimera le consuela: confiado se entrega en sus brazos. Floto, como la arista, en

las alturas del ideal, dice. Luego, al sentirse con alma pagana, agrega, dirigiéndose a Rodó:

"¡Tan sólo tú, en la calma de las playas de-
[siertas,
finges ver redivivas a las épocas muertas,
fulgiendo entre cascadas de luz!"

Cuando muere el día, cuando en la suave hora opaca "inunda los cielos tenue claridad", exclama:

"¡Ilusión! ¿En donde te podré encontrar?"

Le halla en la naturaleza, a la que ama con pasión, en el encanto de las primaveras y de los otoños, en la paz generosa del campo, en la mágica voz de las montañas, en la grata sombra de los álamos, cabe la cual se recoge a meditar, admirando el fúlgido atardecer, escuchando la dulce romanza de la fontana pura y evocando los deliquios de un trágico amor ya ido, como se van las tinieblas al amanecer, como huye la neurosis cuando la alegría reina, en la quietud del goce interior, ante los primores eglógicos del mar, de la selva y la campiña.

A propósito, un alumno mío, lector asiduo de Juan Ramón Jiménez y de Villaespesa, se pone a recitar lo siguiente:

"¡Oh tú, del campo agreste, paz generosa!
¡Regazo de las églogas, tierna verdura!
¡Oh tú, heliconia avena, que en la dulzura
de tu acento, bañabas la selva hojosa!

¡Ovejas y pastores que en la dichosa
quietud os reposábais de la llanura!
Cuando ávido de libre sosiego os busco,
la realidad me hiere con golpe brusco.

¡Ya la flauta bucólica en la sombría
quietud del bosque, duerme sin esperanza!
¡Eco, la ninfa, un vago gemido lanza,
llorando entre las frondas vuestra poesía!"

—En medio de su sencillez tiene sabor virgiliano, le observó, disimulando lo de "campo agreste."

—También sé yo una égloga de "Las horas que pasan", dice mi desencantado amigo, el viejo prematuro. Mas las de Henríquez Ureña me agradan mucho. Y se pone a recitarme, ya no bucólicas estrofas de Garcilaso de la Vega y de Meléndez, sino de poetas modernos.

—Como quiera que sea, nada hay tan inefable como *La vida del campo* de Fray Luis de León, agrega. Calla y suspira.

—¿Se ha fijado Ud., apunta con timidez el juvenil alumno, que la mayoría de los versos de Henríquez Ureña son endecasílabos?

—Son los más cadenciosos y mejores. Le cautiva de preferencia la norma clásica del soneto, a veces de la lira y una que otra vez las formas menores. Pero ningún capricho métrico le gusta, sin duda por haber hecho a fondo es-

tudios de versificación castellana y porqué le agrada la música selecta. Chopin, Schumann, Grieg son sus predilectos. Al célebre polaco autor de los *Nocturnos*–según dije antes–canta así:

"Soñador, y cautivo de inclemente
tristeza, al piano se acercó. Sonoro
raudal de notas reveló el tesoro
de su angustiado corazón doliente.
Se agitaron en torno de su frente
alados genios, en divino coro,
y cual lluvia de lágrimas de oro
los acordes poblaron el ambiente.
Y surgió imperatoria la tristeza,
coronó de laureles su cabeza
y su mente de ensueños palpitantes,
y la cruel amargura de su vida
se esparció por el mundo, convertida
en un raudal de notas sollozantes."

—¡Con cuánta claridad versifica, y qué llaneza y vigor de espontáneas expresiones!

—Creo las mejores prendas de los poetas, murmura con desaliento mi amigo. Lo artificioso, fatiga y empalaga.

—Pueden darse primores artísticos, cual ánforas etruscas; pero allí donde no hay sencillez y sentimiento no habrá genuina poesía: el ánfora permanecerá vacía. Vistosas, pero sin alma; cinceladas con prolijidad de orfebre, pero pobres de emoción son muchas de las poesías de Rubén Darío, por ejemplo. ¿Artísti-

cas plantas sin savia que va a entonar su corazón? Lee a Bécquer, y te emocionas profundamente; lee a Jiménez, y lloras sin querer; lee al picaresco Campoamor, y te invaden la melancolía y la duda, cargadas de esplín, por más que te parezcan pobres humoradas y breves doloras. Supongo que tú no serás de los que le llaman prosaico y de los que ven sólo lugares comunes en él, como afirman de Núñez de Arce, el del tierno *Raimundo Lulio.* Tengo cuerda para más; pero a mí ¿qué se me dan, al fin y al cabo, estas cosa?

Y se marchó cabizbajo y sin siquiera despedirse. ¡Pobre y querido enfermo!

Max. Henríquez Ureña, según confiesa, ha suprimido de *Anforas* gran parte de su primicia adolescente. No obstante, juzga que fue la más sentida y natural. "Entre esas composiciones, hoy proscritas, figuran las más espontáneas y sentidas de mis primeros años de labor literaria", nos cuenta. Adorables brotes de los quince años, recitados en salones y jardines; tempranas creaciones del "poeta del credo de amor", título con el cual su candidez juvenil se ufanaba; recitaciones apasionadas de los cafés por "muchachos que prometen", nada ha dejado en pie el poeta. Sin embargo, concluye de esta manera: "Bien sé, al cabo, que tampoco cuanto en este libro se condensa tiene otro carácter que el de ensayo. Pero, al menos, sintetiza el esfuerzo de quien

cree tener ya orientación precisa, su credo, y hace, de esta suerte, su profesión de fe. En este libro están, en consecuencia, los gérmenes de mi labor futura."

Cuando la fruta—según su pensar—esté en sazón, vendrán estrechas las hermosas *Anforas* para guardar el jugo nutritivo que ennoblece la vida y alumbra con claridades de alba al corazón, sediento de poéticas embriagueces.

Para terminar, conviene que no se ignore que el juvenil poeta ha reunido en *Anforas* algunas de sus traducciones de Ibsen, Heredia, Baudelaire, Rodenbach, y otros bardos extranjeros.

Concluye *Anforas* con el conocido y bello *Himno al sol* de Edmundo Rostand, que Henríquez Ureña ha vertido de esta guisa:

"Tu secas en las plantas el llanto matutino
y haces, de una flor muerta, mariposa vivaz,
al caer, cual si fuesen páginas del destino
las hojas del almendro, que el penetrante y fino
viento del Pirineo comienza a despojar.

Te adoro ¡oh sol magnánimo! cuya luz, ca-
[da frente
do se posa, bendice; cuaja en miel el panal
y entrando en cada choza y en cada flor, son-
[riente
se fracciona, y, no obstante, queda íntegra y
[ardiente,
cual queda, aun repartido, el amor maternal."

Basta con el fragménto citado. Actualmente está traduciendo los inmortales *Trofeos* de Heredia. La magnitud de esta empresa es reveladora de energías. ¡Qué la corone con buen éxito el dilecto y lejano amigo, director de *El Sol*, de Santiago de Cuba!

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

OBRAS

DE

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Rodó.—[4ª edición]
Nociones de Literatura General.—[2ª edición
Vulgata Higiénica.—[4ª edición]
Algunas ideas acerca de Educación.—[2ª edición]
Vargas Vila.—Ojeada Crítica de sus obras
La Ley del Progreso.—El Ecuador en sus últimos 15 años
Maldonado, Mejía, Montalvo. Tomo I
El Vía crucis del Orador
Perfil del Varón Cívico.—Federico González Suárez.
Figuras Educadoras: Antonio Zozaya
El Titán de la Tragedia.—[Poemita dedicado a los Bomberos de Guayaquil]
El Dr. Manuel Benigno Cueva.—[Semblanza de un Educador]
La Tentación.—Versos en agraz
Las Brumas de Antonio C. Toledo.—Estudio Crítico
Tragedia Floral.—[Poemita infantil]
Nicolás Beauduin.—El Paroxismo
Orientaciones Periodísticas.—Don Manuel J. Calle
Héroe Epónimo.—[Poema para instituír el día del Libertador]
Al margen del Camino de Paros
Hacia Imbabura [Impresiones de viaje]
Eduardo Zamacois.—[Semblanza]
El Ecuador Intelectual.—[Edición del Boletín de la Universidad Nacional de Córdoba]
Juan León Mera considerado como crítico.—[Edición especial de "El Magisterio Ecuatoriano."]

391959

LS
A556tr

Andrade Coello, Alejandro
Tres poetas de la musica.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED